
¿QUÉ APRENDER DESDE LA BIOÉTICA DE LA PANDEMIA DEL COVID-19?

LIZBETH SAGOLS

La crisis mundial de salud del Covid-19 ha ocasionado más de dos millones de muertes y afectado duramente la convivencia, la economía y la cotidianidad. Hemos perdido no sólo la “normalidad” de hábitos y la estabilidad en varios aspectos de la vida social y personal, sino el *sentido* de lo que Edmund Husserl llamó: “mundo de la vida”: *Lebenswelt* o ámbito de la experiencia, al que pertenecen el “hombre de la calle” igual que el científico especializado. El dolor físico y emotivo ante la pérdida de seres queridos y ante el temor de enfermarse gravemente, se ha extendido en todas las capas sociales —a excepción de algunos ingenuos. ¿Qué sentido tienen nuestras experiencias vitales cuando la construcción de una vida y los lazos comunitarios se pueden romper para siempre debido a un virus invisible que apareció —sin que hayamos atendido los avisos de la OMS desde 1957 sobre nuevas enfermedades (Ripa, 2011, p. 52)? ¿Cuándo la ciencia no ha podido explicarle al ciudadano común cómo es que siendo diminuto el virus puede matarnos?

Husserl expresó su idea sobre el “mundo de la vida” en *La crisis de las ciencias europeas*. Advierte la inoperancia de una ciencia positivista que se ocupa de hechos y no tiene una explicación que dar a la sociedad respecto a la guerra, el uso de armas avanzadas, la destrucción del mundo natural —relacionada con la debacle de la Primera Guerra Mundial (Husserl, 1990, pp. 5-6). En contraste, Husserl pensó en una ciencia que atendiera a la experiencia concreta, a la subjetividad y el sentido de la existencia desde el “horizonte de valor compartido”. Esta ciencia se ocuparía de los niños, las mujeres, los locos, los animales, el cuerpo, el nacer y el morir (Ibid., p. 195 y sigs.). Husserl pensaba reunir hechos y subjetividad en una “metafísica” (tal intento lo atendió la obra de Eduardo Nicol) y más allá de la metafísica está la bioética de Van Rensselaer Potter: una *sabiduría* para usar la tecnociencia en favor de la salud, capaz de comprender el sentido y significado de la aplicación científica para la subjetividad. La bioética se ocupa precisamente de la relación entre el *ethos*, el ámbito de los fines, del significado que tienen las vivencias de salud, enfermedad y muerte, y del

bios: la medicina, el diálogo entre ciencias biológicas y las humanidades, y de la salud del planeta, los ecosistemas y el gran conjunto de la vida.

La pandemia actual invoca, así, a la bioética en sus tres áreas, la médica, la biomédica y la planetaria o ecológica. La pandemia nos hace ver la “buena práctica” médica o su contraria, el valor del servicio que han prestado los médicos (incluso con heroísmo), las consecuencias de contar con políticas públicas de salud claras y razonables, la voluntad de los gobiernos de apoyar a los ciudadanos y la colaboración internacional ante la vacunación. También nos hace pensar en si realmente podríamos protegernos de los contagios sin cambiar el estilo de vida, o esto ha sido imprescindible. A la vez, suscita preguntas como, ¿es justo que el sistema de salud no nos permita despedirnos de nuestros seres queridos?, ¿cómo asimilar su muerte?, ¿cómo se tendrían que organizar los hospitales para dejar entrar a los familiares y evitar contagios? Asimismo, el confinamiento ha dado un vuelco inesperado a nuestras vidas. Por un lado, ha disminuido algo la superproducción capitalista, el exceso de edificaciones urbanas, el tráfico globalizado de mercancías y el consumismo mecanizado, la circulación y expulsión de CO₂ al ambiente. Conviene que pensemos en las consecuencias del hipercapitalismo monopólico, el constante tráfico internacional de alimentos y mercancías, y nuestros hábitos de consumo; turismo desaforado, contaminación ambiental y sometimiento de los desposeídos. ¿Queremos seguir con esa “normalidad” de excesos e injusticia social?

Por otra parte, el confinamiento ha traído problemas sociales de los que podemos aprender: pérdida del trabajo, aumento de deudas, angustia y, lo peor, violencia hacia la mujer y los niños. Problemas de género y familiares se han suscitado. Los parámetros de productividad, rendimiento en el trabajo, la obsesión de alcanzar el éxito social y profesional, así como los de convivencia familiar y de pareja se han derrumbado. ¿Cuánto vale la estructura patriarcal de la sociedad? Además, ¿qué significan el amor, la tolerancia, el respeto, la justicia, la libertad individual y los derechos civiles en estas circunstancias? ¿Vale romper el confinamiento, no cuidarnos y exponer al contagio a los demás porque tenemos el derecho a la libertad y la autonomía? ¿Cómo pueden convivir democracia, pandemia y patriarcado? Hemos de pensar qué contenido daremos a los valores, los derechos civiles e incluso a los derechos humanos; todos han de apuntar al bien común.

Sorprende que “la gente” no haga caso del peligro del contagio. Más a fondo, ¿por qué habría de hacerlo si está acostumbrada a ejercer sus derechos de libertad y movilidad y si, además, en muchos países en vías de desarrollo o incluso desarrollados, la ciencia no se ocupa de estar cercana a la sociedad? Al parecer, los derechos civiles, manejados por los políticos sin el equilibrio de las obligaciones, nos están rebasando. El problema principal para la reflexión bioética no es, empero, el manejo político,

sino la distancia entre ciencia y ciudadanía dada por dos factores: 1) La incompreensión que el ciudadano común tiene de la esfera tecnocientífica que trabaja con el átomo, las partículas subatómicas, los genes, y miles de partículas microscópicas, invisibles a simple vista, todas las cuales siguen una lógica incierta que la ciencia pretende controlar mediante ciertas “evidencias”, pero no puede evitar riesgo y peligros. 2) El énfasis de la ciencia en la “evidencia”: los hechos, y el olvido de la percepción subjetiva del ciudadano común.

Hasta hace pocas décadas, la experiencia humana se había dado en el mesocosmos: (largo, ancho y alto) donde los seres son visibles y ocupan un volumen determinado en el tiempo y el espacio, pero cada vez más, la experiencia está en relación con el macrocosmos ya que, gracias al avance tecnocientífico, accedemos al espectáculo del cosmos, de otros planetas y galaxias, y sobre todo, nuestra experiencia se ha visto invadida por el microcosmos. La tecno-ciencia nos permite alterar las encimas y proteínas que componen los genes y con ello transformamos los organismos vivos. La biotecnología genética y celular nos permiten curar muchas enfermedades y sus avances son espectaculares —cuando se controlan los peligros de la incertidumbre. También hemos penetrado en la estructura atómica del nitrógeno, el hidrógeno, el oxígeno, y hemos creado la energía nuclear con fines bélicos y de suministro de energía a muchos países. La pandemia nos impone la necesidad de acercar cada vez más la ciencia a la población, dándole educación científica, sobre todo relacionando la evidencia con la comprensión. El centro debe estar mucho más en esta última que en la imposición de la evidencia.

Acaso el mayor aprendizaje de la pandemia, desde la perspectiva bioética, esté en el ámbito del *bios* ecológico. Según lo han demostrado destacados biólogos franceses y españoles, el virus Covid-19 llegó a nosotros debido a la Sexta Extinción de Especies (Gozlan, R., “Así influyen los cambios medioambientales en la aparición de nuevas enfermedades”, *The Conversation*, febrero 16, 2020, <https://www.google.com/search?sxsrf=ALeKk018qc9xP3D5IEdSRzyRL8tIOD1sdQ%3A1594914964792&ei=>) provocada por el cambio climático y las múltiples alteraciones de la naturaleza por el hipercapitalismo, la globalización, el abuso de energías sucias (carbón y petróleo) y la creciente sobrepoblación humana que dificulta el funcionamiento de un planeta de recursos limitados. Potter nos dice que la actualidad impone tomar como eje la eco-ética de Aldo Leopold. Sin un *ethos* y sin una emoción de respeto, amor, admiración estética y cooperación con la naturaleza, los humanos sucumbiremos. La responsabilidad, la creatividad cultural y la conciencia del tiempo nos hacen una especie singular, pero también somos “compañeros miembros” de la comunidad biótica y genética que mantiene la vida planetaria (Leopold, “Ética de la tierra”, 2005, p. 25). A mi juicio, la mayor enseñanza de la pandemia está en limitar el antropocentrismo, ad-

vertir nuestra eco-dependencia, ejercer una *filía* (amor) por el *bios* (Fromm, 1954, pp. 37 y sigs.; O. Wilson, 1988, *passim*) y comprender que la Tierra ofrece *una única salud* a todos los vivientes. Si las otras especies se extinguen, nos extinguiremos. De ahí, la declaración del director de la OMS, Tedros A. Ghebreyesus, de diciembre 26, 2020, al comienzo de la distribución de la vacuna para el Covid-19: “Los avances sanitarios resultarán insuficientes si no hay cambios respecto al calentamiento global y el bienestar animal” (<https://www.swissinfo.ch/spa/46247100>). El problema es la salud de la Tierra. Esta es una dura lección no escuchada, debido al predominio de las soluciones de corto plazo. El hecho es que, como afirma el biólogo español Del Olmo, “la biodiversidad es el seguro más eficiente de lo vivo” (<https://www.lavanguardia.com/natural/20200408/48388757096/informe-wwf-pandemias-perdida-habitats-naturaleza-trafico-especies-efectos-soluciones.html>). Las vacunas de laboratorios son indispensables y benéficas, pero sin el cuidado de la comunidad biótica la estabilidad de la salud humana peligrará; la incertidumbre y el alto riesgo nos circundan en lo ecosistémico. La visión de largo plazo y la *biofilia* ética son más necesarias que nunca. La ciencia ha de incorporar estos aspectos.

BIBLIOGRAFÍA

- Fromm, E. (1954), *El corazón del hombre*, México: FCE.
- González, J. (2005), *El poder de eros. Fundamentos de bioética*, México: UNAM/Paidós.
- Husserl, E. (1990), *Crisis de las ciencias europeas. y la fenomenología trascendental*, Barcelona: Crítica.
- Leopold, A. (2005), “Ética de la tierra”, en *Naturaleza y valor*, M. Valdez coord., México: UNAM.
- Potter, V. R. (1988), *Global Bioethics*, Michigan: University Express.
- Nicol, E. (1974), *Metafísica de la expresión*, México: FCE.
- Riechmann, J. (2020), “Pandémica (y sinóptica) terrestre: notas sobre la covid -19”, *Insula* 881.
- Ripa, I. (2011), *El cambio climático*, Barcelona: Viceversa.
- Sagols, L. (2021), “Colapso climático y la ecoética biofílica. La pandemia del Covid-2 en la antesala” *Theoría* 39.
- Valladares, F. (2020), “Si no sanamos el clima volveremos a enfermar”, *El País*, 3 abril 2020.
- Velayos, C. (2019), *Ética y cambio climático*, Madrid: Desclée de Brouwer.
- Wilson, E. O. (1988), *Biophilia Hypothesis*, Washington: Delacorte Books.